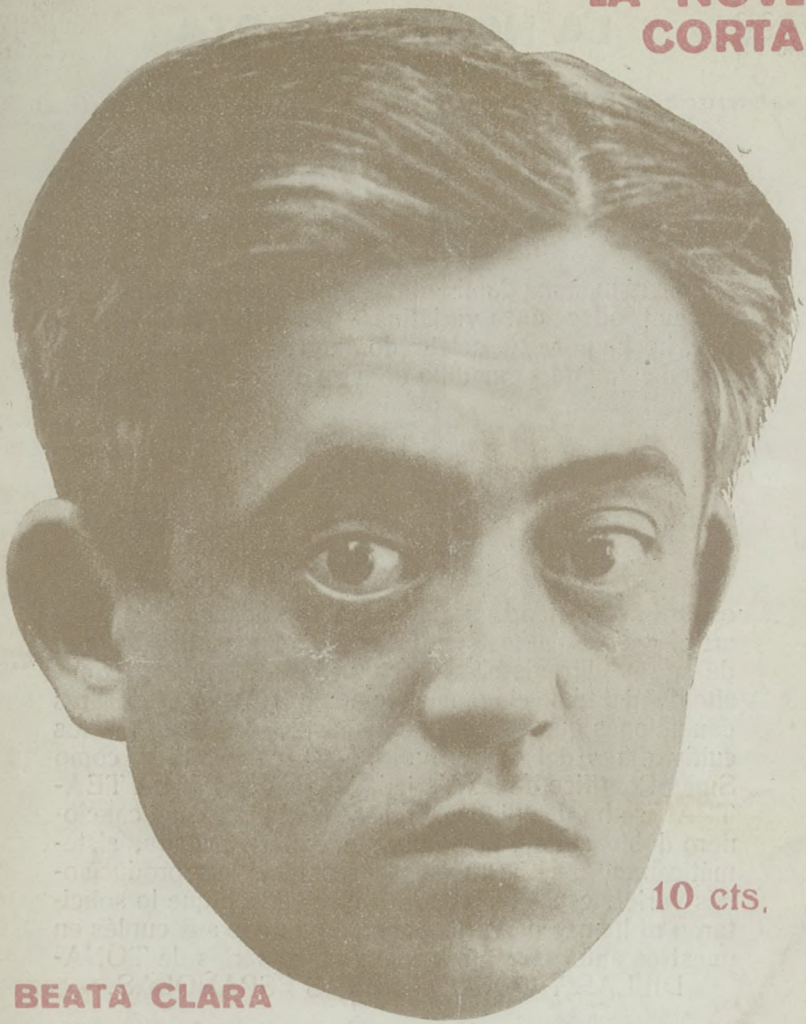
LA NOVELA CORTA



10 cts.

LA BEATA CLARA

SAN JOSÉ

N.° 323
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 18
Feb. 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498. — TELÉFONO J-624

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo una Antología de las más famosas producciones varietinescas de ALVARO RETANA, hecha por este celebrado autor, figura principalísima en el mundo mundillo de las Variedades españolas.

RETANA

es en la actualidad, el único artista español que en el arte frívolo manifiesta con éxito su triple personalidad de original libretista, compositor inspiradísimo y exquisito dibujante de elegancias femeninas. Y por estas raras condiciones que le hacen destacarse del resto de los cultivadores del arte frívolo, está considerado como Sumo Pontífice de las Variedades. LA NOVELA TEATRAL se ha decidido a ofrecer al público este cancionero doblemente valioso porque Alvaro Retana, sistemáticamente, se ha negado a recopilar sus producciones varietinescas para otras publicaciones que lo solicitaron ni hemos dado tampoco ninguno de sus cuplés en nuestros anteriores números extraordinarios de TONADILLAS Y TONADILLERAS ESPAÑOLAS.

SUMARIO

Raquel Meller. — La Goya. — Chelito. — Merceditas Serós. — Salud Ruiz. — Adelita Lulú. — Carmen Flores. — Casilda Vela. — Paquita Garzón. — Carmen Caballero. — Nita Solbes. — Blanquita Suarez. — Lolita Méndez. — Asunción Madrid. — Evan Stachino. — Bella Emilia. — Lola Montes. — Maruja Lopetegui. — Egmont de Bries —

APARECERA MAÑANA

30 cts.

LA BEATA CLARA

DIEGO SAN JOSÉ

I

LA DEVOCION DE LA CORTE

La calle de los Santos, que estaba y está aún a la margen del templo de San Francisco, era allá por los primeros años del pasado siglo como el relicario del Madrid piadoso y fanático.

Hasta el puente de Segovia llegaba el vaho de santidad que respiraba la tal calleja.

De todos los barrios llegaban peregrinos que como iluminados parábanse ante cierta casa y con tal fe estábanse contemplando la humilde y destartalada fábrica, que no les separaban de allí ni con agua caliente.

Quién llevaba en brazos un niño tullido y quería a toda costa entrarle en el portal; quién venía arrastrándose al amparo de unas muletas, y restregábase la lacería con el mismo quicio de la puerta, pensando que ello era más que suficiente para verse de allí en adelante bueno y sano; cuál traía sus pesadumbres y disgustos como si fuesen tumores del cuerpo, y entre suspiros y lágrimas decía que no se apartaría de allí hasta que la "Santa" no le otorgara el consuelo de su palabra divina.

Con esto, los vecinos, a más de maravillados y confusos, estaban divertidos, y hubo alguno de conciencia tan ancha y espíritu tan gallofo que sacó dinero a cuenta de la fe, vendiendo trapos viejos y asquerosos como íntimas y milagrosas reliquias que estuvieran puestas en el preciosísimo cuerpo de la elegida de Dios.

Amaneció día en que se alteró muy seriamente el orden público en la mencionada calle de los Santos, por un pingajillo de su merced o por cualquier nadería que tocaron sus manos.

Muchos maravillábanse cuando oían hablar de peregrinaciones a Tierra Santa, y pensaban que la Humanidad estaba loca, pues no venía en potente avalancha que inundara toda la villa a prosternarse a los pies de la predilecta del cielo, y a pisar las baldosas que bendecidas quedaban por el contacto de sus humildes sandalias.

No eran cédulas para pasar de los umbrales, ni la mucha devoción demostrada delante de la casa, ni el rango y prestigio de las personas. Ministro de la Corona hubo, que ante las tapias de aquella mansión humildísima vió que su influencia no servía de nada, y su autoridad quedaba hecha un guiñapo inservible.

Empingorotadas damas que en Palacio entraban a todas horas del día y de la noche, con la misma libertad que en su propia casa, hallaba en estotra la energía meliflua de una dueña oronda y fuerte que rechazaba tanto honor para su hija, porque decía que no otra amistad buscaba ni apetecía ella que la de Jesús Sacramentado, esperanza de nuestra redención y nave única que nos ha de salvar de los continuos y peligrosos naufragios de la vida.

Las novelas «Inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INÉDITAS, y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los ciegos, que no dejan vida ni suceso en paz, sacaron coplas y romances y alborotaron las plazas con los prodigios sobrehumanos de su merced.

En las puertas de los muchos templos matritenses, vendíanse rosarios, cíngulos, cilicios y disciplinas que usaba el "ángel" de Dios en sus ejemplares horas de devoción y penitencia.

—Bienaventurados de esta marca quiere el señor para su trono—decían muchos—, que no son los que ahora se usan, que se van paso a paso a la gloria sin pena ni mortificación alguna.

Y este reproche parece que solían hacerle mirando a las ventanas del vecino monasterio, tras las cuales velaban por la salud espiritual de los madrileños los austeros hijos de nuestro seráfico padre San Francisco.

Al obscurecer solía acudir gente principal: magnates de la Iglesia, marquesas enlutadas, magistrados graves, militares de altísima graduación, y aun ministros de S. M.; pero muy pocos eran los que conseguían pasar de la escalera; el santuario estaba cerrado a piedra y lodo.

***

El origen de aquella santa mujer que acompañada de su madre y de una moza alcarreña apareció un buen día en la calle de los Santos, permanecía en el más insondable misterio. A bien—si todo ha de decirse—que nadie se tomó la molestia de entrar en averiguaciones.

Sabíase sólo que en las postrimerías de la centuria anterior tuvo un culto en el número 6 de la calle de Cantarranas, que en los tiempos de ahora hónrase con el nombre imperecedero de aquel monstruo de natura que se llamó fray Lope Félix de Vega Carpio.

Que por su mansedumbre y humildad habíase granjeado la buena sierva de Dios el amor y el respeto de todo el vecindario.

Es fama que era ocasión del más alto ejemplo el ver salir algunas mañanas a entrambas mujeres en tren de ir a misa, muy arrebujaditas en sus mantos, llenas las manos de libros devotos y apresadas las muñecas por "rosarios" benditos, pasaban ante las gentes madrugadoras y apenas si osaban levantar los ojos del suelo al dar los buenos días y desear la paz del alma con las palabras del ángel.

La moza sirviente hacíase lenguas de la virtud de sus amas y los que comenzaron creyendo que hija y madre eran dos beatas corrientes y molientes y la fámula una parlanchina sin rumbo de su meollo ni gobierno de lengua, fináron por dar como cosa cierta que en el barrio había roto su botón una flor de santidad...

De allí a poco comenzó la alcarreña a propagar portentosos milagros hechos con pobres enfermos a quienes los médicos más famosos de la corte habían desahuciado. Prodigios acaecidos en las imágenes del oratorio, que de la noche a la mañana mudaban de sitio por sí solas.

La especie llegó a oídos de venerables religiosos, que quisieron conocer de cerca la causa de tales maravillas, y así había tardes que remedaba la casa un jubileo. Muchos entraron incrédulos, recelando que todo ello fuese superchería e invención sacrílega, y salieron tocados del mismo mal que la moza.

Clara (que así llamábase la iluminada) manteníase humilde y como confusa y aturdida por tanta pleitesía, y cuanto más la reverenciaban y espantábanse de sus portentos, exclamaba:

—Miren que se confunden y ofenden a Dios con tenerme en tanto. Déjenme sola con mi conciencia, que mucha soledad se ha menester para limpiarla de culpas y librarla de asechanzas del enemigo. Vengan sus paternidades a esta casa si son servidos de honrarla con su presencia, pero no para tomar ejemplo de esta pecadora, sino para que ella le tome de ustedes y la encomienden luego en sus oraciones.

Y lloraba y se retorcía como si fuese el alma más arrepentida de sus culpas.

La madre estaba al paño para decir, toda compungida:

—Padres, ¡por la pasión del que murió en la cruz y por los siete dolores de la Virgen Madre, miren que les pido que me tengan cuenta con esa hija! Díganle que no se mortifique tan despiadada y cruelmente, que es quitarse la vida. Las

carnes se raja a puros disciplinazos y rasguños de cilicio, la salud pierde en fuerza de ayunos y penitencias, pues aun lo poco que come es desazonado y sin pizca de sustancia. Más de tres meses ha que anda de "sus cosas" como Dios quiere, y no puedo conseguir que se procure remedio, pues dice que ello no es más de ardides que busca el malo para hacerla caer en la tentación.

Y los benditos padres consolaban aquella angustia maternal con tales palabras:

—Sosiéguese, hermana, y no tema. Estas cosas no son de este mundo; ya ella que goza de la gracia del Espíritu Santo, sabe lo que se hace y el Señor le da fuerzas bastantes para sobrellevar esas flagelaciones. ¡Ah!, ¡quién como ella pudiera lograr tal estado de perfección! Pero Dios quiere que esto sea sólo para sus elegidos, y así podrá estarse sin comer ni beber cuarenta días, cual estuvo Moisés en la cumbre del Sinaí, como si fuesen dos horas. No la interrumpa, hermana, ni la estorbe la devoción...

Y salían de la casa ansiosos de propalar por toda la corte las virtudes de aquella frágil mujer, que "estando" en la lozanía y flor de su juventud, tal se trataba que más que criatura viviente parecía una muerta desenterrada, aunque sus ojos grandes y negros tenían un brillo penetrante y bajo la tosca estameña adiviná-base lozana y turgente la carne pecadora... y digo "pecadora", porque todo mortal hasta el cabo de sus días es infelice esclavo del pecado.

II

LA CORONA DE LA SANTA

Suele acontecer muchas veces, que entre flores sencillas del campo alza su rusticidad punzante algún cardo que es enfado del caminante. De esta suerte acaeció con la bienaventurada Clara.

Cierta tarde acudió a su celda de la dicha calle de Cantarranas un alma poco dispuesta para la gracia divina, en demanda de consuelo para cierta inquietud de su espíritu, y aconteció que habiéndole tomado en la escalera un insulto a tiempo de querer retirarse, quedó desvanecida en un rincón de la tétrica escalera, y allí, sin ser advertida, estuvo obra de dos horas.

Cuando tornó en sí sintió abrirse la puerta del beaterio y oyó la voz de la "santa" que despedía a dos devotas, y a lo que parece no lo hizo con la unción debida, o se le antojó de esta suerte a la acogojada que oyó tales palabras:

—Aun estoy como muerta, que ese condenado marqués baila como una peonza y tritura como una muela de molino.

Y aunque ello sin duda debía ser comentario de algún exorcismo difícil, quien oía tomólo por resabios de bureo y lo fué parloteando por la vecindad, de manera que puso en tela de juicio la virtud de Clara, que así como llegó a saberlo, pensando que el mejor medio de combatir la maledicencia es huir del foco en donde hierve, alzóse de aquel barrio y trasladóse a estotro de las Vistillas de San Francisco, en donde desde luego estaba más apartada del bullicio cortesano, aunque no ciertamente de la curiosidad y estrecha policía de las comadres.

***

De allí adelante y desde el punto y hora en que se trasladó de vivienda, no volvió a recibir menesterosos ni a hacer caridades de su misma mano; para esto tenía a su madre.

Si alguno quería milagros había de pedirlos dando toda suerte de detalles, para que el prodigio fuese hecho con toda precisión.

Aun a pesar de esta recia clausura, no faltaba quien tuviese que agradecerle harto y hacíase lenguas de la influencia que su merced tenía con los bienaventurados del cielo.

Entre los más entusiastas y elocuentes había un pobre menestral que vivía con tres hijos de corta edad en un mísero tabuco de la misma casa de la calle de los Santos.

Una mañana en que vió salir a la "elegida" para hacer sus devociones en el vecino templo, parece que se arrojó a sus pies, y besándole el halda del vestido hablóle de esta suerte:

—Señora, mire vuestra reverencia cómo haga alguna cosa con que este infeliz y cuatro inocentes criaturas se remedien, pues a la hora que es no han tomado nada desde ayer a las doce del día.

—Levante, hermano—dijo la "santa"—, y mire cómo está confundido, pues yo no soy más que una pecadora. Así y todo, como a veces la intención hace tanto como el poder, vaya ahora mismo a oir tres misas en el altar mayor de San Cayetano, y al caer de la tarde irá a la pradera de la Teja, buscará un árbol que en su corteza tendrá grabada una cruz, y encomendándose muy de veras a nuestro Señor, cave al pie del arbusto, y yo le fío que en esta corta penitencia hallará algún alivio para el desamparo en que vive.

Lleno de fe encaminóse el desventurado a poner en práctica cuanto acababa de escuchar, y apenas dió dos azadonazos al pie del dicho árbol, topóse con un bolsillo de malla preñado de dos docenas de escudos de oro, que eran como veinticuatro soles en medio de un día de Agosto.

De allí adelante, el agradecimiento del favorecido fué, más que una trompeta, un trombón de la Fama...

Cada día iba más en auge la ciencia milagrera. Cuando no era un niño arrancado de las mismas garras de la Muerte, érase un ciego pedigüeño en la lonja de alguna iglesia que recobraba la vista.

Tanto prodigio, que recorría la villa de parte a parte, llegó a oídos del obispo auxiliar de Madrid don Antonio Poyal y Poveda, quien por sí mismo quiso visitar a la elegida del Señor y admirar de cerca sus portentos. Su ilustrísima salió tan maravillado, que proclamó no haber visto cosa igual en todos los días de su vivir.

Comenzó a bullir el caso en las más altas esferas, y no hubo dama de campanillas que no quisiese adorar a la beata Clara y hacer una novena en su oratorio.

Ella, en principio, resistíase diciendo que la sencillez de las almas buenas la confundían, pues no era más de una gran pecadora que penitenciaba sinceramente para ver de borrar las manchas perniciosas que la impedían acercarse al estado de perfección que se ha menester para llegar a conseguir la suprema gracia.

Y las bobaliconas gentes que creían las humildes palabras, al cebo de ellas hincábanse más en el fanatismo estúpido y no fueran bastante para curarles cuantos sabios notables ha producido el orbe.

Al apartarse de ella comenzaban los comentarios, que eran de un apasionamiento enfermo.

Quién contaba milagros hechos a su presencia, y referíalos con tal minuciosidad, que no lo hiciera tan peregrinamente de haberlos visto con los ojos de la cara como los vió con los de la fantasía.

Quién hablaba de la vida de la "santa" con tal elogio y conocimiento de los pasados capítulos de su vida, que no lo hilara más fino un cronista, puesto a su servicio desde la cuna.

Tanto era el auge que tomaba la devoción popular, que el Santo Oficio (que dicho sea de paso estaba en los estertores de su agonía) tuvo a bien no inmiscuirse en el caso ni hacer indagaciones; lo que resultara, ya saldría cuando Dios fuese servido.

III

NUNCA FALTAN ENEMIGOS

A la misma hora de anochecido salían todas las tardes, muy contritas y con los mantos echados sobre los rostros, dos hembras de buen garbo. Volvían la esquina de la calle de los Santos y echaban hacia la Morería.

—Estas, sin duda que vienen muy temprano—decía una comadre—, porque nadie las ve entrar. Seguramente que se quedan haciendo penitencia con la bienaventurada.

Otra apuntaba:

—Dicen que son dos duquesas.

—Y ¿cómo lo sabe?—preguntaba una tercera—, si no se les ve la cara ni hay carretela que las espere, pues ellas, muy humildes y cavilosas, se van por su pie y ni siquiera hay quien pueda decir que les ha oído el metal de la voz.

—Vayan benditas de Dios—exclamó otra—de ser ellas tal y como nosotras pensamos, pero no se tengan creído por acá que es oro todo lo que reluce.

—Ya está la vieja desconfiada y maldiciente, para la que no hay alma pacífica ni honra quieta—atajóla una comadre de buen ver, que en aquel mismo instante ponía una de sus pletóricas ubres en los labios de un mamoncillo—. ¿Pues qué ha visto en las señoras que tenga que echársele en cara ni más ni menos que si fuese un pecado?

—Tengo yo muchos años y más trastienda y no me la trago como tantas bobas. Mucha penitencia y mucho ayuno, pero yo sé que no se alaba a Dios cantando "polos" y serranas y comiendo tostones y "bartolillos" de en casa del señor Ceferino, el de la Puerta de Moros—replicó la zaherida.

—Pero ¿habráse visto alacrán?—exclamaron algunas.

Y otras:

—Así agradece las limosnas y mercedes que hacen con ella.

—¿Qué tengo yo que agradecer a nadie, si no es a mi pobre nieto y a la sopa de los padres de San Francisco?, y vayan muy enhoramala, que no quiero hablar con mulas de reata, que piensan que los pájaros maman—tornó a replicar la desconfiada vieja, y renqueando penosamente entróse en el patio entre la rechifla y vejamen de la comadrería.

IV

UNA TERTULIA VECINAL EN UNA NOCHE DE ESTIO

Los ardores de la estación, pues ya Julio caminaba a buen andar, hacían que la gente del barrio, en siendo noche, buscase en la calle el fresco que no había forma de hallar en las habitaciones.

En lo que duraban las veladas de corrillo, eran temas de todas las conversaciones la vida ejemplar de Clara.

En aquella noche fué asunto largo, que no se dejó hasta la hora de recogerse, la iracundia de la vieja, y aunque todos condenaron su desvergüenza y falta de respeto para la "elegida", no faltó cierto mancebo de la botica de Palacio, aprendiz de marido de cierta linda menestralilla, que mostró sus puntos y reparos.

—Yo de mí—dijo el mozo—, ningún motivo tengo para poner en tela de juicio la santidad de su merced, pero como uno, en aquellos ratos que le dejan tranquilo la confección de píldoras y tisanas, lee un poco y se entera hasta donde buenamente puede de lo que pasa en el mundo, se me atasca el gaznate cuando trato de pasar tales prodigios como bolas del puente de Segovia. Creo, ¡Dios sea conmigo!, que el tiempo de los milagros ha pasado ya.

—Y ¿qué lee el señor oficial?—inquirió un vejete asmático y barrigudo—. Acaso esos librotes que nos llegan de Francia, azotes de la fe, que si yo fuera no más que por un día el señor Príncipe de la Paz, sé muy bien lo que hiciera con ellos y con los necios que se queman las cejas revolviéndolos.

—No se sulfure su merced, tío Manolillo, que no lo merece la cosa—replicó el muchacho—, pues lo que yo leo no hace más que abrir los sentidos, y por ello sé que hay muchos desaprensivos que viven de la buena fe de los demás. ¿Por acaso no ha oído hablar ahora de otra bienaventurada de Cuenca que da ciento y raya al Cristo más milagroso de cuantos tiene la cristiandad? Pues ya verá su merced como todo para en pasearla en burro por las calles de la dicha población.

Aun la misma novia se creyó en el trance de salirle al paso, diciéndole, pues que toda la gente honrada decía bien de la pobrecita de Dios, no tenía él porqué lanzar la manzana de la discordia, así, pues, callara y diese oídos a la voz del pueblo, que era la voz del cielo, o sobre ello morena.

—Miren que yo sé de gente de palacio—replicaba el hombre—que acude a esta casa y no tiene en toda su vida un capítulo de honra.

—Les habrá tocado el Señor en el corazón y vendrán con la carga de su arrepentimiento.

—O a llenarse de más pecados. Pues qué, ¿para estas cosas no hay tribunales de penitencia?

—Ahí va el maldiciente—atajóle otra comadre—. Aquí no vienen sino a ejercicios de devoción, y en cuanto si la casa está dispuesta o no para ello, sepa el hereje, que la pobrecita santa goza de bula del Padre Santo para tener al Señor de manifiesto en su mismo oratorio.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el boticario, dando de lado, por la fuerza de su admiración, a sus resabios volterianos.

La mujer pensóse que si hizo tan santa invocación fué porque creyó mentira sus palabras, y yéndose para el incrédulo con los ojos encendidos y las uñas prevenidas, prosiguió hecha una "tarasca".

—Pues qué, ¿tengo yo facha de embustera para que ponga en duda mis palabras? Sepa que ellas dicen tanta verdad como el mismísimo Evangelio de la misa, y que ese Señor Sacramentado le han visto estos ojos que se ha de comer la tierra, Nos ha "jeringao" el matasanos...

Cuando lo consintieron los nervios de la ofendida explicó al hombre como pudo que no fueron sus palabras las que trajéronle la inmaculada invocación a sus pecadores labios, sino que tal sacrilegio hubiese consentido el Pontífice Romano.

—Quisiera yo ver esa bula, porque se me hace muy cuesta arriba el creer semejante disparate. A buen seguro que estó no lo sabe la "Suprema".

—Y ¿qué tiene que ver la "Suprema" con lo que viene de más arriba?—replicó el vejete—. Pues sepa que tanto como eso lo ha conseguido el señor Nuncio de S. S., don Pedro Gravina, y a buen seguro puede tenerse que tan dignamente está la Divina Majestad en casa de su merced mi señora doña Clara, como en este templo que tenemos delante. Y mire el mozo (si en algo se estima y estima a quienes le favorecen, empezando por la que ha de ser su esposa en los altares) de no traer aquí semejante pleito de difamación, porque no todos los días suelen estar los ánimos bien dispuestos para escuchar tales cosas y pudiera tener que sentir.

Todos los circunstantes aprobaron a coro las últimas palabras del vejete barrigudo, y el mancebo de la real farmacia, advirtiendo que con escucharle tanta gente predicaba en desierto, tuvo por buen consejo el callar, dejando que cada uno marchase por la vida como bien le apeteciese. El con arrullar a su novia y tejer deleitosamente el copo de su cariño ya había cumplido consigo mismo.

V

CHISMORREOS DE VECINDAD Y EL COLOQUIO DE DOS VIEJOS

Ciertamente que el régimen interno de la devota mansión no solía corresponder a la buena fama que tenía en la vecindad y aun en toda la villa y corte; pero ello, si va a mirarse bien, tampoco era cosa para pensar en que tanta virtud fuese tramoya de comedia de espectáculo, pues que luego de las arduas tareas y rudos ejercicios de penitencia, hay que conceder algún bienestar al cuerpo, para que no pierda la salud, y con la salud la imponderable labor de aproximar las almas a la divina gracia.

A punto de las doce del día (tanto en invierno como en verano), comíase la olla oronda y repleta, como se acostumbra en las ricas casas de Castilla, sin que faltaran en ella, para no hacer mal tercio a los garbanzos, la "pelota" dorada, la media gallina, el sabroso jamón y el apetitoso chorizo de Candelario comprado al tío Rico.

No faltaba en la tarde el suculento chocolate de Torroba, en el que se esponjaban deliciosamente sólidos bollos de los reverendos padres de Jesús o los incomparables bizcochos de las monjitas de Santa Clara. Venían después los "bolados" y el agua naranjada, fría en los meses caniculares con nieve de los pozos de la Puerta de Fuencarral.

Entraban a disfrutar de estos ágapes los devotos distinguidos, tales como el Nuncio, el señor Obispo auxiliar de la diócesis, el P. fray Bernardino, confesor de la beata y maestro de novicios en el inmediato monasterio de San Francisco, un auditor del Tribunal de la Rota, y alguna piadosa marquesa que también gustaba de emplear las horas del día en ejercicios de caridad y prácticas de devoción.

Y esto, que, como se ve, no era cosa para espantar a las gentes ni inquietar las conciencias, no dejó de hacer mella en los que no estaban bien dispuestos para comprender la perfección de los espíritus que quiere Dios, para ser algún día próceres y pajes de la grandeza de su corte.

Y lo que parece que hacía más fuerza entre los desconfiados, fué el ver algunas noches, que luego que salían las dignidades eclesiásticas, entraba un apuesto oficial de Guardias de Corps, de aquellos que tan notables estragos hacían en el sensible corazón de la reina María Luisa.

***

Y una noche, luego de la habitual velada de los vecinos, quedáronse solos en un corredor, disfrutando de la grata temperatura, los dos únicos a quienes no esperaba el trabajo a punto de amanecer; aquella vieja que no quería nada bien a la "sierva" de Dios, y el vejete que tanto defendiérala en el capítulo anterior contra las ironías del boticario palaciego.

Por un buen espacio estuvieron sin hablar palabra, y cuando comenzaron la charla fué para traer a cuento, como tienen por costumbre los viejos, los años de mocedad lejana.

Muy enfrascados iban por los felices campos de sus recuerdos, cuando de una ventana del primer piso llegó un vivo resplandor que rasgó la tiniebla en que el patio estaba sumido, y luego, como si viniese de muy adentro de la casa, el rasgueo débil de una guitarra.

Entrambos viejos se miraron.

La vieja dijo con cierto airecillo impertinente:

—Cuando yo digo. Si la hija de mi madre es una pécora, una mala lengua que no goza más que levantando falsos testimonios al prójimo...

—Pues ¿qué pasa?—preguntó el viejo.

—Hijo, sordo y ciego tiene que ser usted para no oirlo—respondió la mujer—; pero una no puede sin verlo hablar, porque hay quien se piensa que lo que una dice es por envidia y mala querencia. ¿No ha visto usted esa luz?

—Sí.

—Y ¿no se ha santiguado usted y no ha caído de hinojos?; pues confiese entonces, tío Monolillo, que está en pecado mortal y a dos dedos de irse al infierno por la posta, porque ha de saber que esa luz no es otra cosa que el resplandor de la corona de la "santa".

—Y ¿qué me quiere decir con eso, madre Claudia?

—Y ¿tampoco ha oído el rasgueo de una guitarra tañida como en tono de "fandanguillo"? Pues sepa, hombre pecador y descreído, que no es otro ese grato sonar que el eco de las arpas y los rabeles y toca el celeste coro de arcángeles y serafines en torno de la bienaventurada.

Iba a replicar el viejo, cuando se le atascó la voz en la garganta, sin darle tiempo ni lugar para salirle a los labos, la letra de esta copla que en la soledad de la noche dejó sus cuatro versos con toda diafanidad:

Ven aquí, beata Clara,
santa de mi devoción,
que ya tienes puesta el ara
en mi propio corazón.

—Buena está la salve—exclamó regocijadamente la madre Claudia.

—Pero, ¿es posible?—protestaba el tío Manolillo, que le costaba trabajo darse a partido—. ¿No habremos oído mal? ¿No traerá el viento un aire lejano?

—Ya lo creo, hombre, de Babia, que es donde está usted la mayor parte de sus días.

—Aun lo estoy oyendo y creo que es una alucinación. Pues mire usted, si he de hablarle con toda franqueza, ya que estamos solos y nadie nos escucha, también a mí me costaba trabajo tragarme tanta santidad, porque yo, en buena hora lo diga, soy cristiano viejo y no creo que los santos puedan existir más de en los altares.

—Y aun de éstos habría que poner muchos en cuarentena.

—Bien, dejemos aparte ese descuido, que doctores tiene la Santa Madre Iglesia que saben más que nosotros, pobres pecadores. Pues sabrá usted, madre Claudia, que por exigencias y tiranías de mi poca salud, como allá dentro de mi zaquizamí casi no puedo respirar, me paso las más de las noches en este mismo sitio, y ya ha más de tres y más de cuatro que cuando todo está dormido he escuchado esa misma zalagarda y advertí esa procesión de luces por las ventanas del mismo cuarto.

—Pues claro, ¡alma de Dios! Como que esta es la hora en que las brujas celebran su fiesta.

—Y ¿cómo es que entonces está aquí su merced?

No hizo la madre Claudia aprecio del "madrigal", porque era cosa que todos los días y a todas las horas escuchaba de sus convecinos.

—Lo que yo le digo y está usted viendo por sus propios ojos, es que "esa" es una perra vaga, es una enemiga de Dios y de sus santos que comercia con los bobos como usted que se las tragan como puños. Mire usted que creer los muy brutos que pone huevos de gallina... Como me llamo Claudia Tarfuero, que si no fuese por las incumbencias y pesadumbres que trae, en amaneciendo me iba a dar parte a la Inquisición. Pues y las tablas de pasteles y las azumbres de vinos que vienen de la pastelería de "Puerta de Moros" y se entran por la casa de atrás, ¿son para hacer penitencia? Tengo ya el colmillo muy retorcido y no me las trago así como así; mire usted cómo no siguió haciendo milagros en la calle de Cantarranas...

—Lo que yo digo—arguyó el tío Manolillo—, es que si tan pécora es como dice el ejemplo que tenemos a la vista, ¿por qué la reverencian y tienen en tan alta consideración personas de tanto rango en los estados de la Iglesia, y cómo hay aquí cada tarde más señorías y eminencias que en los mismos besamanos del Rey? ¿Entre tanta maleza, no habrá alguna flor?

—Dios me perdone, pero quiero hacer el favor a toda la gente de sotana, de creer que son unas caballerías, porque se me resiste mucho el creer que puedan ser tan bellacos.

—En fin, no se hable más del asunto, no vengan mal dadas y tengamos nosotros, sin haber comido ni rezado en esa casa jamás, que danzar luego entre familiares e inquisidores, que aunque no tienen los fueros que antaño, todavía dan que sentir. Descanse, hermana Claudia, yo voy a ver si estos malditos pulmones me dejan dormir siquiera un par de horas, y si estas cosas la revuelven las hieles, tome en ayunas una taza de flor de malva sin azúcar, que yo fío que es como mano de santo.

Deshízose la tertulia y rompióse el coloquio.

***

Quedó solo el patio.

De vez en vez rompía el silencio en la calle el ladrido de algún perro vagabundo, y en el mismo corredor donde estuvieron los dos viejos oíase el monótoo chirriar de un grillo, escándalo de la vecindad.

Las brisas que Guadarrama envía a la villa y corte tamizadas por las espesas frondas de la Casa de Campo, eran suaves y deleitosas y convidaban a honrarles en las ventanas de las guardillas y en los terrados.

En el "santuario" continuaba la devoción que tan impensadamente descubrieron los dos viejecillos.

Volvió a oirse otra copla, que no se percibió de manera tan perceptible como la cantada anteriormente; pero sí los olés y el bureo con que fué recibida.

Al fin, apagóse la luz que pasaba al través de los balcones, y en mucho tiempo nada interrumpió la serena quietud de la noche.

.....

Poco antes de amanecer, muy sigilosamente, bajaban la escalera hasta media docena de individuos de ambos sexos; algún vecino madrugador rezongó con ingenuidad y encono:

—Ya les ataría yo corto a estos conspiradores del pueblo.

VI

CLARA LA PIADOSA

Así como en los conventos era la del medio día la hora de rigor para verse la puerta tomada de pobres vergonzantes que acudían a la "sopa", éralo también en las inmediaciones del santuario particular para que el ignorante fanatismo del pueblo acudiese a manifestar su devoción y pleitesía.

Acaso no acudieran tantos menesterosos a recoger las sobras en el vecino monasterio.

Viendo tantas mujeres con niños en los brazos, no pensárase sino que en aquella casa habitara algún portento de la ciencia médica, pero en este caso no hubiéranse molestado las buenas comadres. Estas mujeres llevaban a sus hijos lacerados a que los curase la santa con el soplo de su aliento, el tacto de sus manos o el roce de sus vestidos, y habíalas que dábanse por servidas con que el tocamiento no pasase más allá de las paredes de la casa.

Los pocos devotos de corazón que por privilegiada merced habían logrado ascender por la empinada y nada limpia escalera hasta la misma mansión santificada, eran considerados por los demás como seres superiores, y no cambiaran ellos mismos tan señalada fineza por una peregrinación formal, libre de gastos, a Tierra Santa.

También coincidían a esta hora las visitas de rango, así era que estaban aquellas cercanías tan llenas de carretelas y carrozas, que parecían los alrededores del regio Alcázar en día de recepción solemne.

Diz que la madre de la beata necesitaba multiplicarse para dar audiencia a tanta gente, porque pensar que de buenas a primeras habían de ver a la bienaventurada, era pensar en lo imposible.

La dicha madre, que era una alhaja, podía ser muy bien maestra de diplomáticos.

En fuerza de muchos ruegos y más dádivas, conseguíase ir entrando poco a poco en el seno de lo que pudiéramos llamar devoción íntima, y aun para ello éranse menester tantos requisitos, que no hubiera más escrúpulos para hacer una probanza de sangre para conseguir un hábito o tomar carta de nobleza.

Tan complicado y bien dispuesto estaba el aparato de santidad, que cuantos llegaban por influencia o por industria de mucho afecto cerca de la "venerable", salían creyendo en ella con toda fe y pensando que ningún bienaventurado de cuantos están escritos en el santoral, tenían tanta mano en las covachuelas de cuenta y razón de la eterna vida.

¡Cuantas veces, muy graves doctores en sagrada Teología, formaron intención de coger a Clara en un renuncio, en la más pequeña falta de fe, y siempre viéronse confundidos y cegados por la ejemplarísima humildad de la taimada moza!

Alguno de ellos, lumbrera famosa en la cátedra del Espíritu Santo, tuvo con ella entrevistas muy dilatadas, la mareó con preguntas difíciles, púsola conclusiones tan apretadas, que un doctor en sagrada Teología hubiese tenido que echar mano de toda su ciencia; mas para ella no había dificultades ni atrancos, todo lo resolvía con tanta llaneza y desparpajo como pudieran cualquiera de los cuatro evangelistas, recias e inconmovibles columnas de la Iglesia.

—Diga, hermana—solía preguntarle—. ¿Cómo puede valerse para llevar a cabo esos milagros que no se han vuelto a ver desde que Jesús vivió y murió entre los

hombres? ¿Cómo, siendo la pobreza misma, viste al desnudo, alivia al afligido, consuela al desventurado y remedia al mendigo? ¿Cómo, siendo lega en la ciencia de curar, da salud al enfermo, compone al lisiado, limpia la sarna y seca las llagas? ¿Cómo estando constantemente en su casa sabe cuanto acontece fuera de ella, tiene noticia de sucesos que acaecen a muchas leguas de distancia y sabe de personas ausentes que acaso no vió en todos sus días?

Y la beata, sin alzar los ojos del suelo, solía responder con voz débil:

—Su paternidad confunde a esta gran pecadora, que no ansía más de servir a Nuestra Señora en el silencio y el desamparo. ¿A qué cuerpo enfermo puede ofrecer salud quien tiene el alma enfangada en el pecado? ¿A qué miembro quebrado ofrecerá ligadura quien tiene el espíritu hecho esquirlas, que es cada una pasión domeñada? ¿A qué infelice comido de lepra se acercará quien tiene el corazón podrido y el pensamiento lleno de lodo? ¿A dónde volará una imaginación, si tiene las alas sujetas por sus propias culpas? Yo no soy más de tierra liviana, ortigas de los rastrojos, cieno de las charcas. Encomiende mi alma, rece por mí, no me olvide en las noches de penitencia, y cuando oiga sonar la campanilla del Santo Viático, gócese de que pueda sonar mi hora... ¡Milagros esta carroña! ¡Prodigios este muladar! ¡Extasis esta carga de escoria!...

Y el pobre doctor que escuchaba vejamen tan horripilante, quedábase confuso, lleno de una dulce inquietud, pensando:

—De esta clase de barro son los arcángeles y serafines que rodean el trono del Señor. ¡Bendito sea El que me ha concedido vivir hasta conocer en la Tierra esta proscripta del Cielo!...

Y luego de besar el cíngulo de esparto de la "santa", salía su reverencia tan en gracia de Dios, que no se trocara por un agonizante despachado con todos los sacramentos.

VII

LA CRIADA RESPONDONA

Cuán cierto es aquel dicho que de continuo anda en labios del vulgo y son sus breves palabras un vasto y profundo curso de filosofía: "No hay bien ni mal que cien años dure".

Harto tiempo llevaba su merced con su industria devota, y a fe que pensaba que con ella podría "tirar" sin miedo a tropiezo alguno hasta el cabo de sus días, pero ni ella ni su "virtuosa" madre habían contado con la huéspeda...

No hay desdicha doméstica con la de salir una criada respondona y soberbia, y más si por tener goteras de los amos que tapar en opinión se la sufren las insolencias.

Yo pienso que se adelantará más haciendo confesión propia de las culpas que fiándolas al secreto de una moza de servicio, y aun tengo para mí que la prensa periódica fué invención de una nieta de Maritornes.

Luego de la devoción con que se cegaba el vulgo (y entiéndase que no solamente es vulgo el pueblo, sino hasta las mismas personas de sangre real como tengan aplebeyado el sentimiento), volvíanse las tornas y preveníanse las más alborotadas jaranas de que se tiene memoria en la villa matritense.

Aquellas tapadas que solían verse a punta de noche bajar muy contritas del santuario, no eran otras que hija y madre que salían, amparadas de las primeras tinieblas, a disponer el bureo nocturno.

Otras veces era una "penitente" rezagada que hubo de quedarse rendida por el cansancio que le produjo la lucha con el pecado mortal.

Aquel rumorcillo liviano envuelto en los versos picarescos de una copla, que una noche oyeran dos viejos más despiertos y desconfiados que toda la vecindad, continuaban oyéndose, pero los crédulos y devotos pensaban que venían de otra parte, y cuando mucho que era el demonio que huía de los ejercicios piadosos con que se le menoscababa.

Algunas veces, al través de un visillo, advertíase la silueta de un galán.

Lo cierto era que había algún tiempo que en el ambiente cerníase cierta atmósfera hostil que pugnaba por enroscarse enredor de la "elegida", y a la calle salían ya algunas especies poco respetuosas, y eso que en su verdadera figura, sin trazas de penitente, nadie la había visto.

Parce que sin la estameña, los cíngulos de esparto, las sandalias de cáñamo y la cabellera desordenada, era moza de muy buen ver.

Morena la color, grandes y negros los ojos, razonable la estatura y hecha como por mano de tornero, pues era alta y firme de pechos, el cuello mórbido y fino y el pie chico y primorosamente calzado, como correspondía, más que a una penitente ejemplar, a una damisela de rango.

Tenía el rostro muy graciosamente aderezado, el reir era armonioso y franco y la voz suave y pastosa, tanto, que el metal de su voz más propio parecía para dar almas al malo que ángeles a nuestro Señor.

Mas, no se quiera entender por esto que ella fuese de finos modales y exquisito trato; fuera de la hipocrsía de su industria, era en todo una moza de rompe y rasga.

Cuando dejaba de cumplir su santo ministerio y había de entendérselas con su madre o con la criada, no mostraba aquella sencillez evangélica de que el vulgo hacía tan cumplidos elogios. Es fama que entonces traía a la boca todo el pintoresco léxico en uso por las amazonas de las Vistillas y las náyades de la calle de Toledo.

Hubiérase recogido el pelo en una redecilla, puesto un corpiño de satén y una falda rameada, llevando colgada del brazo una cesta de hortaliza, y a fe que no se hallase verdulera más bien plantada en todo el vasto perímetro de la cortesana villa.

De esta suerte sí que hubiese estado guapa.

A voces hubiérala pedido, para trasladar su estampa a un lienzo, el maravilloso pincel de don Francisco de Goya.

De no haber fenecido en las postrimerías del siglo anterior don Ramón de la Cruz, hubiese enjoyecido alguno de sus inmortales sainetes con el tipo picaresco de la beata Clara.

VIII

Parece que una noche la penitencia carnal fué tan laboriosa y prolija, que cuando Dios fué servido de amanecer faltó bien poco para que la vecindad no se diera cuenta de todo, y en aquel mismo punto y hora tuviesen lamentable fin la vida y milagros de nuestra heroína.

Tan trastornada estaba la moza alcarreña, que con las glorias de las propinas y las risas fuéronsele las memorias de los cuidados, y al salir a la compra dejó sin encajar la puerta de la escalera.

Si algún curioso hubiérale acometido el deseo de fisgar, no hubiese tenido más trabajo que el de empujar un poco y embocar en la casa lindamente. A fe que hubiera sorprendido muy notables cuadros, no nada místicos ni ejemplares.

Todos los siete pecados capitales andaban abrazados unos con otros, sin que las siete virtudes que, según el Catecismo, son freno de ellos, diesen barruntos de asomar por parte alguna.

Cuando la madre levantóse y advirtió el descuido de la muchacha, se alborotó por extremo, y como llegó ésta la dijo tantas y tales cosas, que la reprendida respondió en el mismo tono en que la hablaban, como de igual a igual. Con esto soliviantóse la venerable matrona, y fué menester que la hija acudiese a la gresca.

***

—¡Insolente! ¡Desvergonzada!

—Allá va quien puede dar lecciones, y si la desvergüenza se vendiera al peso nadaría en oro.

—Esto es lo que trae el proteger y dar alas a piojosas, llenas de roña.

—Lo que se me ha pegado cuando la paso la lendrera y le lavo la porquería

de engañar a los bobos. Protegerme, ¿en qué? Si buenas magras me como, bien me las he ganado antes. Nos han "jeringao" las santas de pega.

—Ya haré yo que la hagan callar con una mordaza tan pronto como venga el señor fiscal.

—Sí, y la niña que es boba, se va estar esperándole sentada.

—Eso no será...

—Sino ahora mismo. Si ya me apesta el vaho de esta casa, y maldigo del pan que he comido en ella y de los salarios que cobré, pues como fueron en pecado, mortal, ahora mismo tengo de ir a descargarme la conciencia.

Y quitándose el delantal la enfurecida sirviente, arrojóle a los pies de sus amas como un emblema denigrante y vergonzoso que pudiera contaminar su carne pura.

Viendo ellas que el caso se ponía feo, con palabras más suaves quisieron acudir a remediarle.

—Y ¿qué irá a contar la bachillera que ella no haya hecho, si más que como criada la hemos tratado como a hija?

—Pues me ha llegado la hora de que me harten las finezas.

—Pero, ven acá, necia, ¿dónde irás que más valgas?

—Ni qué sacarás con salir de aquí hecha propiamente un basilisco, para dar qué decir a la gente, que no goza más que con el daño del prójimo.

—Quitar caretas, que no todo el año ha de ser Carnaval; y adiós, que no quiero más parola. Mi salario ya me le tengo cobrado. Que el diablo las lleve, y a fe que llevará leña para un rato.

Tomando la puerta, dió a correr y no paró hasta que no vióse lejos de la casa.

***

Toda la algazara y bulla de la noche anterior trocáronseles en un momento a las dos mujeres en duelos y sobresaltos.

¿Qué sería de entrambas de allí a poco, porque aquella condenada llevaba trazas de no parar hasta la misma cárcel de la Inquisición?

Pero la madre, como más práctica en los trances de la vida, exclamó:

—Yo pienso que por ese lado no hay que temer, pues lo que fuese de nosotras sería de ella, porque siempre aparecerá como encubridora, y ya es sabido que la Inquisición castiga casi tanto al cómplice como al delincuente.

—Y mire en qué día ha venido a acaecer el percance—lamentábase Clara—. ¿Cómo se ha de preparar la jarana de esta noche, si no hay de quién fiarse en buena ley de Dios? ¿Válgame la Virgen del Carmen y quién habría de pensarlo?

—Hija, no hay que espantarse. Después de todo, el que anda con fuego es el que se quema. Un día u otro tenía que llegar—argumentaba la vieja por vía de consuelo.

—Luego, usted tiene un genio que no hay quien pueda sufrirla con paciencia. No pudo pasarle ésta de ahora como la tiene pasado otras que eran más motivo para reñirla.

—¡Bah! ¿A que ahora voy a tener yo la culpa?

—Yo no sé quién puede haberla tenido, pero no tardaremos mucho en ver los resultados, y entonces serán las ¡madres mías!

—A que va a resultar que te has hecho en tal forma a la vida regalona, que te piensas duquesa criada en pañales de seda. ¡Válgame Dios, hija, y qué flacas vamos siendo de memoria!

—Si yo no he sido más de lo que soy, ¿a quién se lo debo? ¿Por ventura me ha enseñado usted a vivir de otra manera?

—Con tal de que lo hubieses aprendido bien, que no sé cómo vuelve a entrar por esas puertas quien viene una vez... Más milagros tengo yo que hacer para llevar bien cogidos todos los hilos de esta farsa, que hizo ese Jonás de que tú hablas para salir del vientre de un tiburón.

—De una ballena; parece mentira que no conozca usted a las gentes de la familia.

—¡Insolente! ¡Deslenguada! Eso sólo te faltaba, insultarme. Si cuando me vi

desamparada, sin más patrimonio en el mundo que tú, te hubiese puesto en el torno de la Inclusa, no pasaría, al cabo de mis años, la pesadumbre de sufrir estos agravios.

—Su cuenta la tuvo el no hacerlo, porque gracias a esta carga tan pesada de entonces, vive usted ahora bien ajena de cuidados y disfrutando de la vida.

—Si viviera tu padre...

—Deje la resurrección de la carne para cuando Dios sea servido, y no muela más, que se acaba el agua...

Y de aquí fueron enredándose las palabras tan fuertemente y con tan espesa liga, que en bien poco estuvo que entrambas lobas no se llegaran a las manos y trascendiese la pendencia a la vecindad.

Mas apaciguáronse al fin, y de allí a poco apenas si conservaban rescoldo del cisco pasado.

En la tarde de aquel mismo día fué cubierta la plaza vacante, y por un par de días más continuaron su vida, pero al cabo de ellos aquella deshonesta tramoya vínose estrepitosamente a tierra como un castillo de naipes.

En esto vienen a parar las mentiras y farsas de la vida.

Pero, volvamos la hoja y comenzemos otro capítulo si gustas, hermano lector.

IX

A tanto llegó el enfado de la moza alcarreña, que no prometió en vano ni por ganas de sacar la lengua a paseo el tomar venganza de sus amas.

En cuanto vióse en la calle corrió a cumplir su palabra.

Y es fama que al pasar ante la pastelería de Puerta de Moros, donde hacíanse los mejores pasteles de liebre de toda la villa, sin duda que por atención y deferencia de estómago agradecido, tuvo una puntada de conciencia y entró a decirle al pastelero:

—Señor Ceferino, porque le tengo ley y no soy amiga de que los justos paguen culpas de los pecadores, quiero advertirle que se le acaba la rumbosa parroquiana de la calle de los Santos, y si mira por su hacienda, no deje usted de ir esta misma tarde a cobrar lo que se le debe.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó el hombre con no poco interés, viendo por aquella inesperada advertencia que se le iba el mejor imán de sus tartas.

Pero la moza, muy contra su parlanchina costumbre, no quiso detenerse a dar más explicaciones, porque iba a lo "suyo", y se limitó a responder ambiguamente.

—Antes lo verá de lo que se piensa; pero si se quiere bien y le tiene apego al negocio, no deje de acudir hoy mismo según le advierto, pues mire que mañana será tarde.

Y salió de la tienda, dejando al maeso de las tartas y los hojaldres hecho un mar de confusiones.

Ella embocó luego en la iglesia de San Andrés, y entrando en la sacristía buscó al venerable párroco don Rafael Oseñalde.

Cuando le hubo delante díjole con humildad y compostura que no podía esperarse de quien tan descompuesta estaba no había una hora:

—Padre, ¿su reverencia puede escucharme un momento?

El buen sacerdote, como advirtió el azoramiento de la moza, preguntóle:

—¿Es caso grave de conciencia?

A que respondió la mujer:

—De todo hay, padre, pero no es necesario que me escuche en confesión, porque entiendo que es menester, para el gobierno de nuestra Santa Madre Iglesia, que haga uso público de lo que vengo a decirle.

—Bien, hija—replicó su reverencia—. Pues ve a esperarme en el confesonario que hay junto al Santo Cristo, que voy al instante.

Intrigado como estaba el buen pastor de las almas de la "Morería", salió detrás de la extraña penitente.

* * *

Muy contrita esperaba ella, y apenas si hubo hecho los preámbulos de rigor, comenzó de esta manera a descargar lo que llamaba conciencia:

—Acúsome padre de todo corazón y arrepintiéndome de ello como si estuviera a dos dedos de entrar en la otra vida, que he servido a la falsa beata Clara, y por más de cinco años he contribuído a engañar a la gente sencilla con los embusteros milagros y profecías de mi perversa ama. Esa mujer no es tal bienaventurada, ni podría serlo aunque viviese más años que Matusalén, porque tiene consigo a su madre que es aun más bribona. Allí no se sabe qué cosas sean la devoción y el ayuno; todo es infame industria para vivir y holgarse deshonestamente. Lejos de macerarse las carnes con disciplinas y cilicios, las baña todos los días en aguas perfumadas, y no le faltan nunca la "bergamota", la "esencia de benjuí" ni el "vinagrillo de los siete ladrones". A cada hora del reloj tiene un amante. Sale todos los anocheceres fingiendo ser una de las muchas damas bobas que acuden a visitarla.

Y continuó:

"—Yo me acuso, padre, de haber callado tales herejías por tanto tiempo, pero, qué había de hacer si soy una pecadora más amiga de los gustos y regodeos de la carne que de la penitencia y las privaciones, y en aquella casa me iba tan bien que no me fuera tanto en el mismísimo palacio del señor Príncipe de la Paz. Eran tantas las propinas, tan copiosos los agasajos... tan abundante y regalada la mesa, que el alma, sin yo quererlo, se me iba al infierno en coche. Juanillo el paje de lo que digo y aun mejor que nadie el señor Ceferino, pastelero de Puerta de Moros.

No se espantó mucho el buen clérigo, porque había tiempo que tales sospechas le rondaban por los alrededores del sentido común, y no acertaba a comprender cómo en tan burda farsa se veían envueltas gentes de tanta autoridad.

—Luego estas declaraciones—preguntó—¿no me las haces bajo secreto de confesión?

—¿Qué he de hacer?...—exclamó la muchacha—, si tengo empeño en que se pregonen a los cuatro vientos.

—Bien—repuso el sacerdote—, pues entonces haré de ello el uso que es debido; y en cuanto a ti, no te asustes que no te ocurrirá nada, si no es la molestia de repetir cuando te pregunten todo lo que acabas de decirme, sin que se te olvide palabra.

X

LA ULTIMA JARANA

Cosa es sabida que entre gentes de buen humor, presto se olvidan los disgustos y se hacen allá las rencillas, sin que la menor sombra de ellas venga a enturbiar las nuevas alegrías. Así no es mucho de extrañar que apenas pasado el entremés de la criada respondona, no se tornara a hacer memoria de ella en la devota mansión de la calle de los Santos.

La falta de ella no fué grande obstáculo para la buena marcha del servicio, pues como "en casa llena presto se guisa la cena", no tardóse en hallarle sustituta.

Previnose, pues, el bureo, y si no le hubiesen cortado en lo mejor, a fe que pudiera tenerse por el más divertido de cuantos hasta entonces iban hilvanados.

Las duquesas devotas, los cleriquillos desaprensivos y mujeriegos, las majas de rumbo y los majos bizarros, brindaban en aquella noche tipos para un soberbio cartón al soberano autor de los "Caprichos".

* * *

La media noche iba por filo.

En el corredor halláronse nuevamente la madre Claudia y el tío Manolillo. Comenzaban a pegar la hebra con lo que les quedó por comentar de la vez pasada, cuando en la escalera oyóse ruido de gente y advirtióse resplandor de linternas.

Antes de que diéranse cuenta de cosa alguna, apareció ante sus asombrados ojos un alguacil del Santo Oficio, que les conminó con estas aterradoras palabras:

—¡Ténganse a la Inquisición, y nadie se mueva ni alce la voz si tiene en aprecio su vida!

Preguntó por el cuarto de la beata, y sumándose a la comitiva, que era bien poco numerosa, encaminóse a donde indicáronle los aturdidos viejos, quienes por quitarse de tratos con tan buena gente fuese cada cual a su covacha, dispuestos a no salir de ellas como no sacáranles de por fuerza.

En la puerta del "santuario" sonaron tres golpes dados con el regatón de una vara alguacilesca.

Al instante quedó la bulla paralizada.

El paje acercóse a la mirilla y preguntó que quién llamaba a tales horas; respondieron con el santo y seña convenidos entre los tertulios asiduos, y la puerta se abrió de par en par...

La redada fué buena, pero como por el pronto no había interés más que por las dos mujeres, dejaron a los otros luego de tomarles nombres y domicilios.

En la calle esperaba un coche con las cortinillas echadas y las ruedas y los cascos de las mulas forrados de corcho, a fin de que no sintiérase ruido alguno en la quietud y silencio de la noche.

Subieron a la máquina andante las palomas y los gavilanes y partió con su carga, dando a poco en la cárcel del santo y temido Tribunal.

Amaneció el siguiente día y fué de honda tristeza y cruel desengaño para los asiduos devotos. Cada paso que daban hacia el beaterio era una puñalada a su fe.

La puerta estaba sellada con las armas de la Inquisición.

Quién decía que fué una mala voluntad, pues nunca faltan en el mundo almas perversas.

Los viejecillos de marras, únicos testigos de la sorpresa, asomábanse un poco al corredor y estábanse quedos, aunque muy buenas ganas les acudían de salir a dar satisfacción de lo que vieron.

***

—¿Qué me dice usted ahora, tío Manolillo?

—¿Qué quiere usted que le diga, madre Claudia?, que no me llega la camisa al cuerpo, y estoy maravillado de que a estas horas no se hayan acordado de nosotros.

—¡Ni lo permita Dios! ¡La Virgen del Socorro venga en nuestra ayuda, pero tenga usted en cuenta que aun faltan muchas horas para que se acabe el día!

—No haga presagios, vecina. Demás que nosotros somos unos infelices que no hemos cometido más culpa que la de habitar en la misma casa.

—¿No le decía yo a usted?...

—Y pensar que estuve a punto de andar a cachetes con el mancebo de la real farmacia...

—¿Irán ahora esas mulas de reata a besarle el halda del vestido ni a llorarle penas y miserias en la "galera"?

La noticia corrió la villa de punta a punta.

Nadie se lo explicaba.

El Nuncio y el Obispo auxiliar de Madrid, que tanto habían intervenido en el negocio, dando pruebas de que para más que ocupar tan altos ministerios valían para guiar una recua (y es hacerles mucho favor), quisieron imponer su influencia, pero alguien les aconsejó bien haciéndoles mirar el peligro en que se ponían, y limitáronse a esconder su vergüenza en la amplitud de sus palacios respectivos...

EPILOGO

Como cabo de todo esto, la Inquisición, que siempre tuvo fama de cruel, dió una muestra de mansedumbre, pues que se contentó con enviar a la beata y a su madre a sufrir unos cuantos años de cárcel, así como a los criados y "devotos" más constantes.

El pueblo se conformó con poner el suceso en coplas por el estilo de éstas:

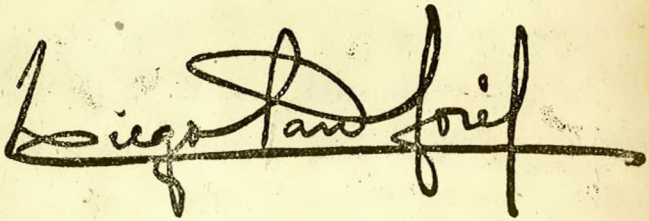
"Si una mujer aparenta
"que es beata y conmovida
"está pasando una vida
"muy austera y "penitenta",
"y así goza de gran renta
"por su grande devoción,
"y testigos de ello son
"el fraile, el obispo, el cura;
"sin embargo que es locura,
"nada digamos... ¡Chitón!"

—

"Si los tres y más un ciento
"suplican al Padre Santo
"le conceda velo y manto
"siendo su casa convento,
"si consiguen este intento,
"y para más perfección
"en su misma habitación
"le dice la misa un cura,
"sin embargo que es locura,
"nada digamos... ¡Chitón!"
.....

—

"Si el público llega a ver
"que esa maldita embustera
"es mala como cualquiera
"y frágil como mujer;
"si en ello llega a entender
"la muy santa Inquisición,
"y la pone en reclusión
"no llevando a obispo y cura,
"sin embargo que es locura,
"nada digamos... ¡Chitón!"

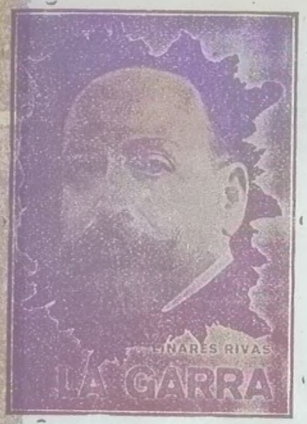


PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

Dolor de cabeza, neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas
Alcoholato
ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento.
Alcoholera. -- Carmen, 10

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.



PRENSA POPULAR ha puesto a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La Garra.—La fuerza del mal. — Fantasmas.—La raza.—Como buitres. — La espuma del champagne.—Aire de fuera.— El abolengo.—Nido de águilas. — La estirpe de Júpiter. — María Victoria. — En cuarto creciente. — Como hormigas... Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACION, MADRID, CALVO ASEESIO, 3.—APARTADO 498.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta. - 58 La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos.-102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda.-**3. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebe. - 238. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio, 75. La escondida senda. - 88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.-255. El centenario. 257. La Zagala.

Guimerá.-113. María Rosa. - 114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El cardenal.-99. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.- 246. Toninadas.-260. Flor de los Pazos.

Martínez Sierra.- 29. Primavera en otoño. -**El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209-La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.- 214. Virginia.

Dicenta.-6. El Lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Luciano.-**Juan José.

Zorrilla.- 188. El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. -234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.- 10. El Rey galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla. - 65. La

leona de Castillo.-217. El Halconero.-**El Alcazar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava. - 201. El retablo de Agrellano.-222.Las hijas del Cid.-195. El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La Bruja.-155. La abuela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort. - 33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Previana. - 45. Parada y fonda.- 50 Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.- 137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131, El sombrero de copa.-219.Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza. - 147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.- 110. El oso muerto.- 132. La ocasión la pintan calva. - 118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).-44. La viejecita. - 58. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana. - 91. La Rabalera. - 115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.- 163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.- 111. El octavo, no mentir.

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Doloretes -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza -67. La noche de Reyes.

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez. - 78. El fresco de Goya. - 83. El método Górritz. 87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá. 124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 10 Gente menuda.-122. El Principe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. 8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La fresa cura de la Lafuente.-51. El último Bravo.-56 Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y borrego 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paso-Abatí.-13. El río de oro.-40. El gratacaño.-116. La Divina Providencia. - 206. Lo perros de presa.

Perrín y Palacios.-74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.- 84. Pedro Jiménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-16 El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre. *Cinematógrafo Nacional.-218. Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del sol.-223, Las mujeres de Don Juan.-146. El país de las hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El Místico.-4. Los semidioses.-6 Las cacatuas.-18. El nombre que asesina 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55 Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-10 Franz Hallers-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-12 Los gansos del Capitolio.-129. El diretto general.-133 ¡Tocino del cielo!-13 Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-139. Jarope de pico -140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carrillo.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita de almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Arboquieta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181.-El tenor.-185 El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.- 192. Los amantes de Teruel.-196. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio.- 207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. María ter Beverley.-212.-La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las modistillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-238. Don Gil de las Calzas verdes. - 240. El arte declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. El secreto agravio, secreta venganza.-254. Un drama de Calderón. - 260. Martingalas. - 264. El salvador.-268.La fórmula 3 K3.-269. La Tierra.-270. La plancha de la Marquesa.-272. La República de la broma.

ZARZUELAS

1. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Ene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-138. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón -161. Los pendientes de la Trinidad.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra -172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias,-176.-La suerte de Saturnino.-184. La tragedia de Laviña.-202 La canción del olvido.- 205. El As.-104. La suerte perra -211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cigarral,-236, El Príncipe Carnaval -251 Trianerías.-253. La hora del reparto.-256 El parque de Sevilla -258. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.) - 266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORT